

DOCUMENTOS PASTORALES

Unidos en la Esperanza

Mensaje del Episcopado de Guatemala al Pueblo

Verdadero sentido de la reconstrucción de la patria

En la misma línea de pensamiento, tenemos que definir algunos postulados fundamentales: ¿Qué entendemos por *reconstrucción de Guatemala*?

Hay quienes piensan que todo quedaría resuelto si, usando los medios a nuestro alcance, aprovechando la generosa ayuda del exterior, pudiéramos reponer todo lo que se ha destruido y hacerlo en forma un poco más segura y más completa: reconstruir los edificios y casas destruidas con materiales asísmicos, reconstruir la infraestructura, mejorar nuestras vías de comunicación, fortalecer la economía del país, favorecer a las empresas y a la industria de la construcción...

Confirma esta apreciación el pensamiento del Presidente de la República: "Mi gobierno entiende la reconstrucción no como la tarea de hacer nuevo lo que estaba hecho, sino la oportunidad para reformar y transformar las condiciones de vida de la población" (*Mensaje 1 de julio 1976*).

Realizar todo lo anteriormente enumerado, es sin duda una empresa sumamente urgente en Guatemala; pero, aun cuando se lograra realizar en su más alta meta, no por eso podríamos decir que Guatemala está reconstruida. No basta reponer lo destruido. Hemos visto que la situación de Guatemala tiene raíces profundas de injusticia y de violencia: "Al hablar de una situación de injusticia nos referimos a aquellas realidades que expresan una situación de pecado; esto no significa desconocer que, a veces, la miseria en nuestros países puede tener causas naturales difíciles de superar" (*Medellín II, 1*).

Pensamos que importa, sobre todo, renovar el corazón del hombre extirpando las raíces del mal para remediar todas las situaciones injustas que originan tensiones y violencia (*Medellín, Justicia, 3*).

Por eso, hablamos de una *reconstrucción integral* es decir: un esfuerzo en el que se tengan en cuenta las necesidades vitales del hombre guatemalteco: vivienda, alimentación, tierra en propiedad, trabajo, mejores salarios, prestaciones sociales, educación, igualdad de oportunidades para todos; pero también otras necesidades que juzgamos aún más importantes, que brotan del corazón del hombre, que está llamado no sólo a tener más, sino a "ser más".

Reconstruir Guatemala, significa: reconstruir la familia, que está desintegrada y que, siendo la base de toda sociedad, incide en toda la problemática actual; devolver al hombre los valores eternos olvidados tantas veces frente a los valores meramente materiales; reconocer en la práctica la dignidad de la persona humana; reconocerle todos sus derechos, especialmente el derecho a la vida y todas las obligaciones que le son inherentes.

Aquí es donde entra plenamente el trabajo y la misión de la Iglesia que: "considera ciertamente importante y urgente la edificación de estructuras más humanas, más justas, más respetuosas de los derechos de la persona, menos opresivas y menos avasalladoras; pero es consciente de que aun en las mejores estructuras, los sistemas más idealizados se convierten pronto en inhumanos, si las inclinaciones inhumanas del hombre no son saneadas, si no hay una conversión del corazón y de mente por parte de quienes viven en esas estructuras o las rigen" (*Evangelii nuntiandi*, 36).

Considerando el momento actual que vive Guatemala y viendo cómo es propicio para una reconstrucción desde los cimientos, la Iglesia se siente impedida por el Espíritu y por la fuerza de la misión que Cristo le ha encomendado, a hacerse presente y a aportar su humilde, pero decisiva colaboración en la reconstrucción integral de Guatemala.

Condiciones para una presencia efectiva y creíble de la Iglesia

Obligación de evangelizar: La primera condición para que la presencia de la Iglesia sea efectiva y creíble, es que se mantenga en su acción dentro del campo que le es específico.

La misión que Cristo ha confiado a la Iglesia puede enmarcarse dentro de una sola palabra: *evangelizar*.

Pero, ¿qué significa esta palabra?

Pablo VI, en su Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, nos dice: "Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad: 'He aquí que hago nuevas todas las cosas'. Pero la verdad es que no hay *humanidad nueva* si no hay en primer lugar *hombres nuevos*, con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio. La finalidad de la evangelización es por consiguiente este cambio interior y, si hubiera que resumirlo en una palabra, lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambientes concretos" (N. 18).

Según la mente del Papa, evangelizar no es: "puro angelismo" desencarnado que sólo nos habla de la otra vida y de la gloria eterna, "ni puro horizontalismo" que solamente se fija en lo terreno y trata de resolver los problemas económicos, políticos o sociales.

Evangelizar es una acción sumamente compleja y ninguna definición parcial y fragmentaria refleja la realidad rica, dinámica, que comporta la evangelización, si no es con el riesgo de empobrecerla e incluso mutilarla. Resulta imposible comprenderla si no se trata de abarcar de golpe todos sus elementos esenciales (*Evangelii nuntiandi*, 17).

La Iglesia de un país, para realizar la acción evangelizadora: debe encontrar líneas comunes de pastoral, aceptar un orden de prioridades, y realizar acciones suficientemente estudiadas y planificadas.

Necesitamos restaurar la pastoral de conjunto, que no es una técnica, sino es fundamentalmente una conversión, un convencimiento, una mística nacida de la misma naturaleza de la Iglesia, que es comunión.

Opción: ser pobre y estar al servicio de los pobres: Otra característica que no puede faltar a la Iglesia, si quiere ser fiel a la misión que se le ha confiado y ser signo de Cristo entre los hombres, es la de ser efectivamente pobre y estar primordialmente al servicio de los pobres, asumiendo todas las consecuencias de esta opción.

En el Evangelio leemos como una de las características mesiánicas más claras y transparentes “los pobres son evangelizados” (Lc 7, 22).

La *pobreza* como *carencia* de los bienes necesarios para vivir dignamente como hombres, es en cuanto tal, un mal que debe denunciarse porque es fruto de la injusticia y del pecado de los hombres.

Como *pobreza espiritual* es: la actitud de apertura a Dios, la disponibilidad de quien todo lo espera del Señor, valoriza los bienes de este mundo, pero no se apega a ellos, y reconoce el valor superior de los bienes del reino.

La *pobreza* puede considerarse como *compromiso*, que asume voluntariamente y por amor la condición de los necesitados de este mundo, para testimoniar el mal que ella representa y la libertad espiritual frente a los bienes de la tierra.

En este contexto consideramos que una Iglesia pobre: debe denunciar la carencia injusta de los bienes de este mundo y el pecado que la engendra, debe predicar y vivir la pobreza espiritual y apertura al Señor, debe comprometerse ella misma en la pobreza material.

La pobreza de la Iglesia es un efecto, es una constante de la historia de la salvación (*Medellín, Pobreza*, 4).

Queremos alcanzar la pobreza, considerándola como una virtud y como una condición indispensable para que la predicación de la Iglesia sea escuchada.

Queremos manifestarla en nuestra vida, en nuestra forma de actuar, en nuestra sencillez fraterna con todos los hombres.

Queremos evitar todo lo que aparente ser lujo, vanidad o compromiso con los poderosos y los ricos de este mundo, en nuestra actitud cotidiana y en nuestras ceremonias litúrgicas.

Integración de los laicos al apostolado: Una de las características de la Iglesia de hoy —y en esto se parece a la Iglesia de los primeros siglos— es la mayor participación de los seculares en la obra del apostolado y de la evangelización.

Por medio de los seculares debidamente preparados y suficientemente comprometidos, la Iglesia se hace presente en todos los campos donde debè realizarse su labor salvadora.

Es necesario, por eso: un reconocimiento efectivo, por parte de la jerarquía, del derecho y la capacidad de los seculares, y, por parte de éstos, de su responsabilidad apostólica intransferible.

Vemos con gozo que en los últimos años, especialmente a partir del Vaticano II, los seculares se han hecho presentes, cada vez con mejor preparación y mayor firmeza, en el campo vital del apostolado. Han reconocido: que “la vocación cristiana es, por su misma naturaleza, vocación al apostolado”; que “el deber y el derecho del seglar al apostolado deriva de su misma unión con Cristo Cabeza”; y que por eso “a todos los cristianos se impone la gloriosa tarea de trabajar para que el mensaje divino de salvación sea conocido y aceptado en todas partes por todos los hombres” (*Apostolicam actuositatem*, 2, 3).

Los obispos y sacerdotes queremos fomentar esa presencia vivificante de los seculares, tanto adultos como jóvenes, en toda la obra de la reconstrucción de nuestra patria, que, como lo hemos dicho, no puede quedar reducida a una simple reconstrucción material, sino que tiene que realizarse desde los cimientos mismos del corazón del hombre guatemalteco.

Necesidad de los cuerpos intermedios: La Iglesia, que es Madre y Maestra, no puede quedarse al margen del esfuerzo constante de sus hijos por alcanzar mejor situación de vida, comenzando así a recibir los beneficios de la Redención de Cristo.

Pero difícilmente este pueblo alcanzará la meta deseada, si no logra, ejerciendo un legítimo derecho, organizar los técnicamente llamados “cuerpos intermedios”

(sindicatos, cooperativas, ligas campesinas, comités pro mejoramiento...) y asegurar su participación efectiva en el desarrollo armónico del país.

Por eso queremos prestar un apoyo efectivo y una animación constante a los que se esfuerzan en lograr estas organizaciones comunitarias, respetando al mismo tiempo su legítima autonomía y capacidad de decisión.

Necesidad del diálogo y de reflexión constante: Esta presencia de la Iglesia en la reconstrucción de Guatemala será imposible o se desviará fácilmente de sus metas y de sus finalidades concretas, si no logramos mantenernos en un diálogo y en una reflexión constantes.

Diálogo con Dios tratando de descubrir sus enseñanzas por medio de la oración profunda.

Diálogo con los hombres, a todos los niveles.

Diálogo intereclesial, es decir, comunicación constante, fraterna y creadora entre los obispos y los sacerdotes, entre éstos y los fieles, entre todos los que formamos la Comunidad Eclesial, como un signo visible de la comunión y de la fe que nos une.

Reconocemos las dificultades para el diálogo; pero si estamos convencidos de su utilidad, todos, con la ayuda de Dios iremos haciendo el esfuerzo necesario para aprender a dialogar y para dialogar efectivamente.

Necesidad del uso de los medios de comunicación social: Finalmente, teniendo en cuenta que la evangelización verdadera se realiza también a través de la palabra y de la imagen, reconocemos la necesidad de utilizar adecuadamente los medios de comunicación social: "La Iglesia se sentiría culpable ante Dios si no empleara esos poderosos medios, que la inteligencia humana perfecciona cada día más" (*Evangelii nuntiandi*, 45).

Felicitemos, por eso, y animamos a los que, desde hace largos años, tratan de utilizar los medios de comunicación social, especialmente la radio, la televisión y la prensa, para hacer llegar el mensaje del Evangelio.

Invitamos a los que se sientan con vocación apostólica para que traten de utilizar cada vez más estos instrumentos de comunicación masiva, aunando técnicas depuradas con sencillez y claridad suficientes para que puedan ser captados sus mensajes por el pueblo sencillo de nuestra patria.

Los medios de comunicación social así como prestaron una ayuda eficaz en los días de emergencia, colaborarán con entusiasmo en la tarea de reconstrucción de la Patria.

Presencia en la reconstrucción material

Crear el hombre total: La Iglesia de Guatemala que ni por un instante ha dejado de estar presente en la tragedia que sufre nuestro país, especialmente a partir del 4 de febrero y que, a través de sus diócesis parroquias y organizaciones, ha hecho llegar la mayor ayuda posible a los más necesitados, quiere también contribuir aunque sea en modesta escala, al ingente trabajo de la reconstrucción material de Guatemala.

No cree que esta tarea sea ajena a su misión y la emprende con la alegría de saber que con ello contribuye a crear una situación mejor para los guatemaltecos.

Por eso, ha iniciado ya en diversas zonas, especialmente las más afectadas por el terremoto, un esfuerzo serio y prolongado para ayudar en la reconstrucción de casas y en programas de desarrollo integral de las comunidades, contando para ello con el esfuerzo y el trabajo de sus fieles y con la ayuda generosa recibida de otras Iglesias hermanas.

Pero teniendo un concepto claro de la dignidad y de la capacidad de la persona humana, cuida, por encima de todo, de que su ayuda contribuya eficazmente a la dignificación y crecimiento del hombre total.

Por eso, nuestro trabajo en la reconstrucción quiere: rechazar todo "paternalismo", y trata de evitar cualquier apariencia de "asistencialismo", que sólo contribuirían a mantener la situación de dependencia y aún de infantilismo, que tanto daño ha hecho a nuestras comunidades, especialmente las más pobres y marginadas.

Coordinación de la acción social de la Iglesia: Cáritas, órgano oficial de la acción social de la Iglesia, estuvo presente en los momentos de emergencia y continúa ahora su acción benéfica en este período de la reconstrucción.

Pero quisiera, uniéndose a la jerarquía, concientizar a los fieles en su compromiso de fidelidad a Cristo, presente en el hermano que sufre, realizando así lo que se afirmaba de la primera comunidad cristiana: "Todos los creyentes vivían unidos y compartían todo cuanto tenían" (*Act 2, 44*).

Urgimos que "Cáritas de Guatemala" continúe en el esfuerzo de una válida reconstrucción del país. Y pedimos que todos los que formamos la Iglesia de Guatemala colaboremos con Cáritas.

Llamado a una integración de labores pro reconstrucción. Hay varias instituciones de inspiración cristiana empeñadas en el trabajo de la reconstrucción.

Quisiéramos pedir vivamente a estas instituciones: que se sientan íntimamente ligadas con el trabajo de la Iglesia; que se esfuercen por lograr una coordinación muy sentida, válida y testimonial, manteniendo al mismo tiempo su legítima autonomía y sus metas específicas.

Estaríamos dando un antitestimonio y anulando en gran medida los esfuerzos generosos de tantas personas de dentro y fuera del país, si en el momento presente, no aunamos nuestras fuerzas y formamos un frente común todos los que trabajamos por un compromiso con Cristo, en favor de nuestros hermanos.

Iglesia y organismos del gobierno en la reconstrucción: Reconocemos la importancia que tienen las iniciativas y esfuerzos gubernamentales por la reconstrucción nacional.

La Iglesia quiere cooperar con los organismos empeñados en la reconstrucción, manteniendo y respetando la legítima autonomía con los mismos, conscientes de que sólo un trabajo coordinado será eficaz.

Presencia ecuménica: No será menos importante buscar una significativa colaboración ecuménica con las Iglesias cristianas que, con gran seriedad, sin alardes publicitarios, ni bajas acciones proselitistas, quieren aportar una ayuda considerable en el arduo trabajo que a todos nos espera.

Se nos presenta una magnífica oportunidad para estrechar más los vínculos de verdadero amor que deben existir entre los que profesamos fe y fidelidad al mismo Cristo, que quiere que lleguemos a ser "un solo rebaño bajo el cuidado de un solo Pastor".

Presencia a través de todos sus medios y personal: La Iglesia de Guatemala, está presente en la reconstrucción integral de la Patria.

Está poniendo al servicio de Guatemala: todos los medios con que cuenta, todo su personal apostólico, coadyuvando a que todos, en la medida de sus posibilidades, sean artífices de esta reconstrucción que tanto anhelamos.

Conclusiones

En este mensaje hemos tratado de: señalar algunos extremos de la situación que vive nuestro pueblo, nos hemos fijado también en los problemas internos de nuestra comunidad cristiana, hemos intentado señalar, luego de definir algunos principios fundamentales, formas y exigencias de presencia de la Iglesia en la reconstrucción integral de nuestra Patria.

Responsabilidad de todos en la actual situación: Debemos considerar que la situación de Guatemala no es fruto de la casualidad o de nuestra mala suerte: todos hemos contribuido a ella.

No desconocemos ciertamente, que hay factores externos de colonialismo nacional e internacional que influyen grandemente en nuestra situación, pero también estamos seguros de que ésta no sería tan grave si todos pusiéramos algo de nuestra parte para mejorarla. Y lo que es más serio todavía y más compromete nuestra responsabilidad, es el hecho de que en esta Guatemala tan destrozada, violenta y desequilibrada, la inmensa mayoría nos llamamos y nos sentimos católicos tanto entre las clases dirigentes como en las marginadas.

Cristianos se dicen los que, olvidando la capacidad que tiene el hombre para entenderse con sus hermanos a través de la palabra, confían sólomente en el diálogo macabro de las ametralladoras.

Cristianos se llaman los que creen que pueden resolver la situación de injusticia con más violencia, con más injusticia, con más dolor y más sangre.

Pero en realidad: Son *cristianos*, y esto nos llena de gozo, los innumerables guatemaltecos que en silencio con esfuerzo constante y su fe en Dios, libran cada día la batalla de la paz, del verdadero progreso, del amor manifestado en servicio, en formación de personas y en perdón. Son *cristianos* los que saben que Cristo ha vencido al mundo y que El, vencedor de la muerte y del pecado, nos invita a participar de su triunfo y está con nosotros en la lucha. Son *cristianos* los que viven y trabajan ilusionados porque tienen esperanza.

Invitación a la reflexión y a la conversión: Frente a estas diversas actuaciones de los que nos llamamos y sentimos cristianos, no podemos menos de invitar a todos a que reflexionemos con seriedad y veamos: si nuestras vidas, nuestra actitud, nuestros criterios coinciden con las enseñanzas de Cristo, al que decimos seguir. Si es cierto que el terremoto fue una llamada de Dios a la conversión y a la unión, ¿qué mejor momento que éste para reflexionar ante Dios y examinar lo que nos hace falta para podernos llamar con verdad seguidores de Cristo?

La Iglesia toda de Guatemala debe entrar en un proceso de conversión, para que pueda ser signo eficaz de la presencia de Cristo entre los hombres e instrumento apto en las manos de Dios para ayudar a la construcción de una Patria mejor.

Las generaciones futuras no nos preguntarán sólo: cuántas láminas repartimos o cuántas casas ayudamos a construir; sino también cuánta fe, cuánto espíritu, cuánta fue nuestra contribución para que hubiera más justicia, cuánto nuestro esfuerzo para eliminar el mal y el dolor que nos acosan.

Aceptemos el desafío del momento presente a nuestra fe y a nuestra esperanza.

Terminamos con las palabras de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano: "No basta, por cierto, reflexionar, lograr mayor clarividencia y hablar; es menester obrar. No ha dejado de ser ésta la hora de la palabra, pero se ha tornado, con dramática urgencia en la hora de la acción. Es el momento de inventar con imaginación creadora la acción que corresponde realizar que habrá de ser llevada a término con la audacia del Espíritu del equilibrio de Dios. En esta transformación, detrás de la cual se expresa el anhelo de integrar toda la escala de valores temporales en la visión global de la fe cristiana, tomamos conciencia de la 'vocación original' de América Latina: 'vocación a aunar en una síntesis nueva y genial, lo antiguo y lo moderno, lo espiritual y lo temporal, lo que otros nos entregaron y nuestra propia originalidad'".

Ponemos bajo la protección de María, Madre de la Iglesia, todo nuestro trabajo y esta misma esperanza a fin de que se anticipe entre nosotros el Reino de Dios.

Tenemos fe: en Dios, en los hombres, en los valores y en el futuro de nuestra Patria.

(Siguen las firmas de los Obispos y la fecha: 25 de julio de 1976).